

AG 196
-56
M 8
V. 2

MUSEO ILUSTRADO

LIBRERIA DE LA CIUDAD DE MADRID

GRABADOS EN MADRID Y ACERO

LOS MEJORES ARTISTAS DE PARIS

TOMO SEGUNDO



FONDO
RODRIGO DE LLANO

ADMINISTRACION DEL FONDO DE LLANO

1881

1

MUSEO ILUSTRADO.

1

EL CORREO DE ULTRAMAR.

WATEAU.



CARONNEAU. SC.

WATEAU. P.

V. Deshayes. Del.

Imprenta de BLONDEAU.

La fiesta veneciana.

«Un día la Naturaleza, engalanada con adornos franceses, | tor Wateau, artista afortunado que, lleno de cariño y re-
tuvo el buen deseo de ver su retrato, y para ello creó al pin- | conocimiento, no contento con copiarla por todas partes,

T. H.—PARIS.—IMP. BLONDEAU.

trabajó tanto y tan bien que concluyó por embellecerla con mil encantos.»

Estos versos escritos en antiguo francés, y traducidos en prosa española, están muy lejos de ser buenos bajo el punto de vista poético, pero en cambio pintan con la mayor verdad el género de talento con que estuvo dotado el pintor Watteau. Ningun otro pincel ha sido mas gracioso que el de este artista; jamás otro pintor ninguno un dibujo mas correcto, un colorido mas brillante, suave y encantador al mismo tiempo, y por último jamás una expresión mas natural, una composición mas fácil y mas rica pudo verse nunca en un lienzo.

A poco que se pare la atención en su FIESTA VENECIANA, se podrá adivinar por el grabado, con un poco de imaginación, las infinitas bellezas del original. En medio de un paisaje perfectamente ideado para deslumbrar los ojos, como dice Fenelon, hay reunida una sociedad de damas y caballeros. Una elegante pareja está bailando al son de una zampoña. Circulan los cumplimientos y galanterías; la alegría, el gozo el amor, se manifiestan en los movimientos, y brillan en todas las miradas; es una dicha y un placer como solo se vieron en aquellos tiempos. El raso, la seda y las mas ricas telas destimbran la vista por todos lados. Hubiérase sido muy fácil al pintor el hallar vivos y variados colores en los trajes de la sociedad francesa de su época, y mas de una vez ha probado que sabía sacar un partido admirable de lo que veía sin salir de París ó de Versalles; pero en esta obra aspira a alcanzar algo mas raro y poético todavía; evoca Venecia, la patria de los grandes coloristas, esa hija del Adriático donde pintaron el Bellini, el Giorgion, el Ticiano, el Tintoretto y Pablo Veronese: quiso trasladar al lienzo un sueño dulce y radiante, y pintó la FIESTA VENECIANA.

El genio de Watteau se descubre entero en esta obra: todo el que la considere atentamente, reconocerá, casi á primera vista, todos los demas lienzos de este maestro. Antonio Watteau nació en Valenciennes en 1684, y murió en la aldea de Nogent, cerca de Paris en 1721, á la edad de treinta y siete años.

Se cuenta una anecdota que, á ser cierta, probaría hasta qué punto el arte era un culto para Watteau. Dicese que en su lecho de muerte cuando ya estaba agonizando, se presentó el cura de la aldea para administrarle los últimos sacramentos. El pintor le recibió piadosamente, pero habiendo acordado el sacerdote un crucifijo de marfil muy mal esculpido á los labios del moribundo, este le apartó fuertemente con sus desfallecidas manos. Todo el mundo se queda sorprendido; ya comienzan á llamarle loco ó impío, pero bien luego el esclusivo artista esclama que no habia rechazado el sagrado marfil, sino porque estaba esculpido por un ignorante que habia empuñado con su grosero trabajo la santa misión del artista!

A la edad de diez y ocho años Watteau vino á Paris llamado por los directores de la Opera. Trabajó en las decoraciones de este teatro, y entró en seguida en casa de Claudio Gillot, pintor de cuadros grotescos, y cuyo nombre no se conserva hoy sino en la memoria de los que se ocupan escusivamente de la historia de las bellas artes. Despues nuestro jóven tuvo por maestro al famoso Claudio Andrau que vivía en el Luxemburgo: entónces se perfeccionó en el dibujo, y estudió el colorido en los cuadros de Rubens que se hallaban á la sazón en los aposentos de este palacio.

Esto fué una fortuna para él. Algun tiempo despues pudo esponer dos cuadros contando con que los vendería, y proponiéndose emplear lo que sacara de ellos en hacer un viaje

á Roma. Singular aberración de un talento que ignoraba su originalidad! Watteau queria estudiar á Rafael y á Miguel Angel! Es posible imaginar una madona del divino Sanat, ó un condenado de Buonarroti, cubierto con lastornasoladas sederías de la Regencia?

Por fortuna Watteau no pudo verificar su peregrinación. Un académico, el célebre Lafosse, vió los dos cuadros que presentó, y descubriendo desde luego el talento que en aquellas pinturas respiraba, fué á buscar á su autor, á quien no conocía, y le dijo: «Amigo, mio; no conoces vuestro talento; sabéis mucho mas que nosotros y podéis honrar nuestra Academia.»

Watteau pintó entónces el EMBARCO PARA CITEREA, ese delicioso cuadro que se halla en el museo del Louvre, y fué recibido en la Academia bajo el título de PINTOR DE FIESTAS GALANTES. Desde aquella época su reputación fué creciendo de día en día. Llamado á Inglaterra hizo varios cuadros en el año de 1720, que pasó en este país, y desde entónces los ingleses han cubierto de oro sus composiciones por donde quiera que las han hallado. Su salud se alteró considerablemente con las frías nieblas de Londres; se apresuró á salir de Inglaterra, pero ya era demasiado tarde; cuando llegó á Francia fué para morir como hemos dicho, el 26 de julio del siguiente año.

J. J. ARNOUX.

NACE EL HOMBRE CON LA IDEA DE DIOS?

NOTABLE EXPERIENCIA HECHA CON UN NIÑO.

M. Sintenis, despues de haber habitado largo tiempo en una ciudad alemana, se retiró al campo á vivir en una casta aislada. Estaba sumamente triste porque habia perdido á su muger jóven aun á quien amaba mucho, y no le habia quedado de ella mas que un niño de tierna edad. El mismo educó á su hijo en un aislamiento completo, é hizo de manera que no pudiese oír ni leer el nombre de la divinidad.

Dos motivos tuvo para esto; el primero era que temía, como Rousseau, que su discípulo no concibiese una idea falsa del Ser Supremo, si se le daba antes de que su inteligencia estuviese bien desarrollada, y el segundo, que queria hacer con su hijo una esperiencia cuyo resultado buscaba con ahínco. Los filósofos y los teólogos de su país ajitaban á la sazón una cuestión que no carece de interés para el conocimiento de la naturaleza humana: tratábase de saber si el hombre nace ó no con la idea de Dios.

Este niño, él mismo es quien lo cuenta, no tenia comunicación ninguna sino con su padre. Las lecciones se las daba ordinariamente al aire libre, en presencia de los objetos y fenómenos de la naturaleza que formaban su objeto principal: la lengua latina la aprendía al mismo tiempo que la propia, aunque solo de viva voz, porque el discípulo no aprendió á leer sino muy tarde. A la edad de diez años no habia oído ni leído el nombre de Dios. Sin embargo, á defecto del nombre, el discípulo sintió vivamente la necesidad del objeto, y creyó haberlo encontrado en el sol. Como este astro deslumbrador parece pasarse todos los dias del levante al poniente, esparciendo sobre la tierra las luces y el calor, el niño no titubeó un momento en hacer de él un ser viviente, como lo hizo el antiguo paganismo; pero guardó el mayor silencio sobre este punto. Todas las mañanas, cuando hacia buen tiempo, se iba misteriosamente al jardín para presenciar el espectáculo de la salida del astro del día y rendirle sus

homenajes. Ninguna vestal le tuvo nunca un culto mas cordial, sincero y puro, como el mismo lo confesó despues.

Su padre, que sospechó lo que pasaba, sorprendió un día al jóven idólatra cuando estaba arrodillado, y con los brazos abiertos hácia el cielo, dirigiendo sus ardientes plegarias á aquella divinidad que se habia hecho.

El padre conoció entónces que ya era tiempo de elevar á su hijo de la criatura al Criador, y para ello le dió algunas lecciones de astronomía, haciéndole entender que todas las estrellas fijas que brillan con su propia luz, son otros tantos soles esparcidos en la bóveda inmensa de los cielos.

Este descubrimiento llenó de desolación el alma de aquel niño, porque ya no sabia hácia quien dirigir su pensamiento, su gratitud y sus deseos. Para consolarle, su Mentor le habló por fin del Ser Supremo dueño y ordenador de todo el universo.

Mediante esta sistemática educación, el padre resolvió, de hecho, la gran cuestión de los sabios de su país, pudiendo ver al mismo tiempo cómo la naturaleza humana, inocente y pura todavía, llama á un Dios, á un solo Dios, y cómo, cuando no tiene á nadie que la ayude, le busca entre los objetos sensibles que mas despiertan su atención, dirigiéndose al astro cuyo esplendor oscurece todos los demas desde que se presenta, y que evidentemente es el ser bienhechor por excelencia de todos los habitantes de la tierra. Así nació el culto del sol en los antiguos tiempos, ese culto que en épocas modernas hemos hallado en las Américas, en los pacíficos y prósperos Estados de los Incas. La esperiencia que el padre hizo con su hijo merece la atención en el dominio de la ciencia; pero tambien le costó bien caro en un principio al pobre niño que habia gozado de su Dios, y que experimentó el mayor desconsuelo cuando lo hubo perdido, sin saber en donde debía reposar su alma en adelante.

Su madre, si hubiese vivido, no se habria prestado seguramente á hacer semejantes esperiencias con su hijo.

EL P. GILARD.

LA GALERIA DEL PALACIO DE SCIARRA EN ROMA.

El palacio Sciarra, situado junto al templo de Antonino el Píadoso, ha dado su nombre á una plazuela que hay en la calle principal de Roma, el Corso. Su arquitectura se hizo por los dibujos de Flaminio Ponzio, excepto el pórtico de mármol blanco atribuido á Vignole ó Antonio Labacco.

Los cuadros que constituyen en el día la única celebridad de este palacio, se hallan distribuidos en los salones del piso principal. En la puerta de la galería hay una inscripción que dice así: «Se previene que no se puede entrar en esta galería sin dar un escudito al guarda.» Este aviso poco grato para los jóvenes artistas, paraliza la sonrisa en sus labios y mas de uno se detiene tristemente á los umbrales de aquella puerta inhospitalaria. El que viaja por diversion, decidido á verlo todo á cualquier precio, pasa adelante sin reparar en esto. En la antecámara hay un viejecillo con medias de seda y pantalón corto, vestido con un pañete negro muy usado y la cabeza adornada con la antigua coleta; este es el guarda que recibe el escudo con mucha seriedad, y sin dar las gracias: facilmente se adivina en su actitud que esta contribucion impuesta á los forasteros, entra, no en su bolsa, sino en la de los dueños del palacio, quienes, por otra parte, no tienen inconveniente en emplearla en la conservación de la galería. Los empolvados sillones y los sofás medio desvenecados ya, atestiguan sin embargo bien á las claras que los

principes Sciarra fueron en otros tiempos ménos infortunados. Ademas, el producto de esta esposicion puede bastar cómodamente á la existencia de un noble romano de nuestra época. El artista que quiere copiar un cuadro de la galería tiene que pagar un número de escudos determinado, calculado segun la celebridad de la obra: la tarifa está pegada en un papel en un rincón de la antecámara.

Sea como quiera, la galería Sciarra no es de aquellas que puede olvidar el viajero, por corta que haya sido su estancia en Roma. Entre otros muchos cuadros de los grandes maestros hay dos que bastarian para hacer célebre el museo de una ciudad cualquiera, que son LA VANIDAD Y LA MODESTIA por Leonardo de Vinci, y un retrato por Rafael.

Las dos figuras del primero de estos cuadros no tienen mas que el busto; el contraste de sus expresiones tiene un encanto indefinible, y una vez que se han visto estas dos hermosas personas tan diferentes, se quedan fijas en la imaginación eternamente. Qué moralista ha hecho nunca un análisis tan elocuente del defecto de la vanidad y de la virtud de la modestia? Y qué lienzo prueba mejor que se puede ser tan gran filósofo como el pincel como con la palabra?

El retrato por Rafael no es ménos grande é interesante. Nobleza, serenidad, dulzura, las mas hermosas cualidades del alma resplandecen en ese jóven rostro desconocido. Quien fué el hombre dichoso immortalizado así por el divino artista? Esto es lo que se ignora. Es acaso una alegoría el arco que lleva en la mano, queriendo sin duda alguna significar que era ese hermoso jóven un músico célebre del siglo XVI? La fecha que lleva el lienzo, 1518, no nos ha revelado su nombre hasta hoy día; acaso llegará un tiempo en que un viejo manuscrito, un contrato, las cuentas de una capilla descubiertas por algun erudito nos descubrirá de repente el anonimo: la historia de los pasados siglos se construye de este modo poco á poco, gracias á la paciencia de los sabios, en tanto que el tiempo presente acumula y entierra á su vez millares de enigmas para el porvenir.

Solo se conocen veintiséis retratos al óleo de Rafael considerados como obras auténticas, entre los que se cuentan los de Lorenzo y Julian de Medicis, Bembo, Juan della Casa, Carondelet, Baltasar Castiglione, Inghirami, Baldo, Bartolo, Bindo, Altovici y Juana de Aragon.

Las cartas y memorias de los contemporáneos están acordos en decir que en los retratos de Rafael lo primero que habia era el mérito del parecido.

Se cuenta, aunque en esto debe haber alguna exageración, que el cardenal Pesiá, datario de Leon X, entró una vez en una sala apenas alumbrada donde estaba el retrato de este Papa y se arrodilló ante la pintura presentando unas buñas á la firma.

La condesa Hippólita, muger del conde Baltasar de Castiglione, escribió en versos latinos á su marido ausente, que no podia apartar los ojos del lienzo en que le habia representado Rafael: «Cuando estoy sola, miro tu imagen pintada por la mano de Rafael, y al punto desaparece la tristeza; me sonrío, la hago ademanes de amistad, la hablo, y me parece que me oye y se mueve un poco como si fuera á responderme con tu voz. Tu hijo te reconoce y te llama su padre, y así me consuelo mirándote, y así procuro engañar la lentitud del tiempo.»

Bembo escribia tambien en estos términos al cardenal de Santa Maria in Portico, para notarle que Rafael habia hecho el retrato del poeta Tebaldo: «Rafael acaba de pintar á nuestro Tebaldo con tanto acierto y verdad, que no se parece tanto á sí mismo, como se le parece en la pintura.»

Nosotros no podemos ser jueces competentes del parecido de estos retratos, pero hasta en el grabado, impotente hasta cierto punto para reproducir su belleza, revelan una fuerza intelectual, un sentimiento profundo de la vida y tan grande superioridad que pueden ponerse al lado de las obras mas celebres de este maestro. Haya sido el modelo feo ó hermoso, en la flor de la juventud ó agobiado bajo el peso de los años;

en una condición inferior ó disfrutando de todos los favores de la fortuna y de la nombradía, el pincel de Rafael supo siempre darle un carácter de nobleza real, de genio y serenidad que hacia suponer que el sublime pintor no quiso reproducir otras facciones que las de personas de un mérito eminente, si no se supiese que el artista, aun sin quererlo, manifiesta siempre una parte de su alma en las obras que salen de su mano.



Galería Sciartá. — Un retrato por RAFAEL.

Imprenta de BORDABES.

LA CARGA DEL DRABLO.

POR
JORGE SAND.

I.—EL AUTOR AL LECTOR. (1)

Esta cuarteta en francés antiguo, puesta debajo de una composición de Holbein, está impregnada de una profundi-

¹ Con el sudor de tu rostro—ganarás tu pobre vida.—Después de mucho trabajo y cansancio—no te espera mas que la muerte.

sima tristeza en medio de su sencillez. El grabado representa un labrador con su ganado en mitad del campo, un ancho horizonte se vé á lo lejos, y el sol se oculta ya detrás de la colina. El anciano campesino, contrahecho y cubierto de harapos, concluye su trabajo del día; los cuatro caballos de su yunta están flacos y estenuados; el arado mellado y rebelde surca con pesadez la tierra. Un solo personaje tiene aire de contento en esta escena de *sudor y de miseria*. Un personaje fantástico, un esqueleto armado con un látigo que corre por el surco al lado de los caballos espantados pe-

gántoles de golpes, sirve así de mozo al viejo labrador. Este personaje es la muerte, espectro que Holbein, introdujo alegoricamente en su serie de cuadros, filosóficos y religiosos, ligübrés y grotescos á la vez, titulada; *los Simulacros de la Muerte*.

En esta colección, ó mas bien en esta vasta composición en que la muerte, presente siempre, forma el lazo del pensamiento dominante, Holbein pintó soberanos, pontífices, amantes, jugadores, borrachos, monjas, cortesanas, bandidos, pobres, guerreros, frailes, judíos y viajeros, en fin todo el mundo de su tiempo y del nuestro, y por todas partes descuella el espectro irónico de la muerte, amenazador y triunfante. En un solo cuadro se halla ausente, y es en aquel en que el pobre Lázaro, echado en un muladar á la puerta del poderoso, declara que no la teme, sin duda porque nada tiene que perder y por que su vida es una muerte anticipada.

Este pensamiento estóico del cristianismo semi-pagano del renacimiento, es bastante consolador para las almas religiosas? El ambicioso, el tunante, el tirano y el libertino, todos esos soberbios pecadores que abusan de la vida, y que la muerte tiene asidos por los cabellos, serán sin duda castigados; pero el ciego, el mendigo, el loco y el infeliz campesino, encuentran una compensación de su larga carrera en la idea de que la muerte no es un mal para ellos? No: una implacable tristeza, una horrible fatalidad pesa sobre la obra del artista como una maldición amarga dirigida al porvenir de la humanidad.

Esta es la dolorosa sátira, la pintura verdadera de la sociedad que Holbein tenía ante sus ojos: crimen y desgracia, eso era todo; pero nosotros artistas de otro siglo, qué debemos pintar? Buscaremos en el pensamiento de la muerte, la remuneración de la humanidad de hoy, y deberemos invocarla como el castigo de la injusticia, y la compensación del dolor?

No, nada tenemos que ver con la muerte, se trata por el contrario de la vida. Nosotros no creemos ya, ni en la nada de la tumba, ni en la salvación á costa de una renuncia obligatoria: queremos que la vida sea buena, porque la deseamos desde luego fecunda. Lázaro debe salir de su muladar, á fin de que el pobre no siga regocijándose con la muerte del rico; todos deben ser felices para que la dicha de unos pocos no sea criminal y maldita de Dios: el labrador al sembrar el trigo debe saber que trabaja en la obra de la vida, y no debe regocijarse en que tiene la muerte á su lado, y por último la muerte no debe ser ya mas el castigo de la prosperidad, ni el consuelo del infortunio, porque el destino que le ha dado Dios, no es el de castigar, ni el de servir de compensación á la vida, á una vida bendita por su mano, y la tumba no debe ser un refugio para enviar á todos aquellos á quienes no se ha querido hacer felices.

Algunos artistas de nuestros tiempos considerando detenidamente las cosas que les rodean, se consagran á pintar el dolor, la abyección de la miseria, el muladar de Lázaro: tal vez todo ello entra en el dominio del arte y de la filosofía, pero despues de haber pintado con tan negros colores la miseria, se imaginan haber llenado su objeto, y creen que los resultados son tan saludables como lo desean. No nos atrevemos á asegurarlo, aunque podrá decirse que al mostrar ese abismo abierto bajo las frágiles bases de la opulencia, espantan á los ricos malvados como en tiempo de la *danse macabre* (1) le enseñaban su sepultura y la muerte

¹ Baile infernal en que figuran los muertos de todas condiciones: alegoría que tiene por objeto figurar la fatalidad que condena á morir á todos los hombres.

pronta á enlazarle en sus inmundos brazos: en el día se le muestra al bandido deserrrajando su puerta, y al asesino espantado su sueño. Por nuestra parte, confesamos humildemente que no comprendemos como podrá reconciliarse con la humanidad que desprecia, ni como podrá hacerse sensible á los dolores del pobre á quien teme, cuando ese mismo pobre se le presenta bajo la forma de un presidiario fugitivo, y de un ladrón nocturno. La horrible muerte rechinando los dientes y tocando el violín en los cuadros de Holbein y sus antecesores, no han podido bajo este punto de vista, ni convertir lós perversos, ni consolar las victimas. Acaso nuestra literatura lleva en esto el mismo camino que los artistas de la edad media y del renacimiento?

Los bebedores de Holbein aparecen llenando sus copas con una especie de furor, para alejar la idea de la muerte que, invisible para sus ojos, les está sirviendo de escanciador.

Alberto Durero, Miguel Angel, Holbein, Callot, Goya, han pintado terribles sátiras de los males de su siglo y de sus países, que han quedado como obras inmortales, como páginas históricas de un incontestable valor; pero ahora queremos preguntar, si negar por eso á los artistas el derecho de sondar las llagas de la sociedad y descubrir las más miserias ó horros? Lo que mas nos place en esa literatura de misterio é iniquidades que el talento y la imaginación han puesto á la moda, son las figuras dulces y suaves de los malvados de efecto dramático, porque ellas pueden producir algunas conversiones, en tanto que las otras meten miedo, y el miedo no cura el egoísmo, sino que por el contrario lo aumenta.

A nuestro juicio, la misión del arte es una misión de sentimiento y de amor, y así creemos que la novela actual debería reemplazar las parábolas de los tiempos primitivos, y que el artista debe cumplir una tarea mas amplia y mas poética que la de proponer algunas medidas de prudencia y de conciliación para atenuar el espanto que inspiran sus pinturas. Su fin debería ser el de hacer amar los objetos que presenta en escena, embellecidos un poco, si es preciso. El arte no es un estudio de la realidad positiva, sino una investigación de la verdad ideal.

Perdonéme estas reflexiones que pongo aquí á manera de prefacio. En cambio, no habrá ninguna en la historieta que voy á contar, que será tan corta y sencilla, que no me hubiera atrevido á darla sin decir antes lo que pienso de los dramas terribles.

Me he dejado arrastrar á estas digresiones pensando en un labrador cuya historia me propongo contar, lo que voy á hacer ensueñada.

Acababa de considerar detenidamente y con una profunda melancolía al labrador de Holbein, andando por la orilla de una heredad que algunos campesinos estaban disponiendo para la siembra. El campo era espacioso como en el cuadro de Holbein, y el paisaje era grande tambien: dilatadas líneas de verdura un poco tostada por la proximidad del otoño, rodeaban aquel ancho terreno de un color negruzco, en cuyos surcos las últimas lluvias habían dejado algunas líneas de agua que el sol hacia brillar como otros tantos filitios de plata. El día estaba claro y templado, y la tierra recien arada exhalaba un ligero vapor. En lo alto del campo, un anciano cuyas anchos hombros y rostro severo recordaban al de Holbein, pero cuyos vestidos no anunciaban la miseria, empujaba con gravedad su arado de forma antigua, arrastrado por dos bueyes de un amarillo claro, verdaderos patriarcas de la pradera, altos, algo delgados, con los cuernos

argos y caídos, un par de antiguos trabajadores que la costumbre hizo hermanos, como los llaman en el campo, y que, privados uno de otro, se niegan á trabajar con un nuevo compañero, dejándose morir de pena. Las personas que no conocen el campo dicen que la amistad del buey por su camarada de yugo es una fábula; pero no tienen mas que entrar en un establo, y cuando vean un pobre animal flaco, estenuado, pegándose con la cola en sus flancos descarnados, soplando desdeñosamente en la comida que le traen, con los ojos vueltos siempre hácia la puerta, ú oliendo los yugos y cadenas que llevó su compañero, y llamándole con deplorables muidos, el boyero le dirá: « un par de bueyes perdidos: su hermano ha muerto, y este no trabajará ya mas. Lo que habría que hacer sería engordarle para matarle luego, pero no quiere comer nada, y pronto se morirá de hambre. »

El anciano labrador trabajaba lentamente, en silencio, sin hacer inútiles esfuerzos; su yunta no se apresuraba tampoco; pero gracias á la continuidad de un trabajo constante, el surco quedaba abierto tan pronto como el de su hijo, que guiaba, á alguna distancia, cuatro bueyes menos robustos, en un terreno mas cerrado y pedregoso.

El anciano entonaba de cuando en cuando ese canto solemne y melancólico, que la tradición del país va transmitiendo, no á todos los labradores indistintamente, sino á los mas diestros en el arte de excitar y sostener el ardor de los bueyes del campo. Este canto, cuyo origen se consideró tal vez en un tiempo como sagrado, y al cual han debido atribuirse antiguamente ocultas y misteriosas influencias, está reputado aun en el día como una virtud para atender á los animales, apaciguar su descontento y disipar el fastidio de su larga tarea. No basta saberlos guiar para que el surco sea derecho, sino que es necesario también alijerarlos la pena levantando ó hundiendo la reja cuando hace falta, y no se puede ser un labrador perfecto si no se sabe cantar á los bueyes, ciencia que exige un gusto y disposiciones particulares.

Este canto, á decir verdad, no es mas que una especie de recitado interrumpido y vuelto á comenzar sin regla ninguna conocida: su forma irregular y sus falsas entonaciones, musicalmente hablando, le hacen intraducible, pero no por eso deja de ser bellissimo, y tan adecuado á la naturaleza del trabajo que acompaña, al paso del buey, al sosiego de los sitios agrestes, y á la sencillez del hombre que lo canta, que ningún genio extraño á la labranza de la tierra hubiera podido inventarlo, y que ningún cantante, mas que un *buen labrador*, sabría cantarlo. En las épocas del año en que no hay otro trabajo ni movimiento en el campo que el de la labranza, este canto tan dulce y poderoso se deja oír como una voz de la brisa, con la cual tiene cierta semejanza por su sonido particular. La nota final de cada frase sostenida y prolongada con una fuerza de aliento increíble, sube un cuarto de tono falseando sistemáticamente. Esto será salvaje si se quiere; pero el encanto es invencible, y una vez que el oído se acostumbra, se dice uno que es imposible que otro canto ninguno pueda elevarse á aquellas horas y en aquellos sitios, sin echar á perder toda su armonía.

Yo conocía al anciano y á su hijo y sabía su historia, porque tenían en efecto una historia, como todo el mundo tiene la suya: cada cual podría hacer interesante la novela de su propia vida, habiéndola comprendido bien.... Aunque campesino y sencillo labrador, German había sabido darse cuenta de sus deberes y afectos, que me contó ingenuamente, con claridad, escuchándole yo con grande interés. Cuando le vi arar bastante tiempo, me pregunté porque no

podría escribirse su historia aunque en realidad fuese una historia tan sencilla y recta y tan poco adornada, como el surco que trazaba en el campo con sus bueyes.

El año que viene, ese surco desaparecerá y vendrá otro nuevo: así se imprime y desaparece la huella de los hombres en el campo de la humanidad; un poco de tierra basta para borrarla, y los surcos que abrimos en la vida se suceden los unos á los otros como las tumbas en los cementerios. El surco del labrador no es acaso algo del ocioso, que tiene sin embargo un nombre, un nombre que se conservará, si por una singularidad ó un absurdo cualquiera, mete un poco de ruido en el mundo.

Arranquemos, pues, del olvido, si es posible, el surco de German, el *buen labrador*; él no lo sabrá ni se acordará de ello, yo por mi parte aseguro que hago esta tentativa con gran placer.

II.

GERMAN EL BUEN LABRADOR.

— German, le dije un día su suegro, tienes que decidirme á volverte á casar. Ponto hará dos años que estas viudo de mi hija, tu chico mayor va á entrar en los siete años, tú cumplirás luego los treinta, y ya sabes, hijo mio, que pasada esta edad se dice en el lugar que el hombre es ya demasiado viejo para encontrar mujer: tienes tres muchachos que hasta ahora nada nos han dado que hacer; mimujer y mi nueras los han cuidado y querido como debían. Perico está ya hecho un hombre, sabe picar los bueyes, guardar los animales en el prado, y llevar los caballos á la fuente; así no es este el que nos atormenta, sino los otros dos que sin embargo, Dios sabe cuanto los queremos pobres inocentes: Mi nuera está embarazada, y aun tiene el último en manillas; cuando venga el otro, ya no podrá cuidar de tu Solange y sobre todo de tu Silvano, que tiene cuatro años y que no se está quieto ni un instante de noche ni de día. Es vivo como tú, será un buen trabajador, pero en el día es un diablillo, y mi pobre vieja, no tiene ya fuerzas para alcanzarle cuando corre al barranco ó se mete entre los pies de las caballerías. Ademas con el otro que mi nuera va á dar á luz, el que tiene ahora en brazos tendrá que ir á parar á mi muger, con que, ya ves que tus chicos son una carga para nosotros. Los muchachos mal cuidados no están bien, y al pensar que puede sucederles alguna desgracia por falta de vigilancia, no se puede menos de estar en brasas. Así, pues, lo que debes hacer es casarte; piensa un poco en ello, porque ya te he dicho muchas veces que se van pasando los años sin sentir, y por tus hijos tanto como por nosotros, que queremos que todo vaya bien en la casa, tienes que buscar una muger lo mas pronto posible.

— Pues bien, padre mio, respondió el yerno, puesto que así lo deseais trataré de daros gusto, pero os aseguro que lo haré de mala gana, porque tantas ganas tengo de casarme como de echarme al río. Se sabe muy bien lo que se pierde, pero no lo que se halla, como dice el refrán. Tuve una muger bella, cosegada y animosa, buena para sus padres, su marido é hijos, buena para el trabajo tanto en los campos como en la casa, en una palabra, diestra y buena para todo, y cuando me la disteis y la tomé, no pusimos en nuestras condiciones que la olvidaría si tenía la desgracia de perderla.

— Lo que estás diciendo prueba tu buen corazón, German, repuso Mauricio; sé que amaste á mi hija, que la hiciste feliz, y que si hubieras podido contentar á la muerte poniéndote en su lugar, Catalina estaría con nosotros á estas

LOS CAMPOS ELISEOS EN PARIS.

Los Campos Eliseos eran antiguamente un bosque silencioso, lleno de sombra y de frescura donde se iba á buscar un refugio contra el tumulto de la capital. En tanto que allí cerca á las orillas del Sena, las carrozas de los pudientes surcaban los tres bellos paseos de Cours-la-Reine, por entre medio de los transeúntes y de los vendedores de frutas y de buñuelos; en tanto que en los baluartes y en el puente Nuevo los títeres, músicos y danzantes atraían en torno suyo una muchedumbre de curiosos, aquellos que preferían el silencio y la tranquilidad iban á sentarse á la sombra de los copudos árboles, para conversar ó meditar como hacían los sabios de la fábula en los campos privilegiados del mundo subterráneo.

En el día los Campos Eliseos son bien diferentes. Qué transformación! cuánta grita, cuánto brillo! Los carruajes y caballos que antes iban por Cours-la-Reine van ahora por medio del paseo; todas las diversiones, todas las curiosidades de los puentes, de los muelles y de los baluartes se han trasladado á las calzadas. Desde las dos ó las tres de la tarde, ginetes, amazonas, carruajes de toda especie, desde los mas elegantes hasta los mas vulgares, corren y se cruzan por la calle principal que conduce de la plaza de la Concordia á la barrera de la Estrella; los jugadores de bochas se ven rodeados de espectadores; pero llega la noche: mil luces se encienden por todas partes; los cánticos, las risas, un ruido nunca interrumpido resuena en todo el espacio; se abren los cafés, las fondas, los teatros ambulantes; la distracción y el placer, con sus mil caprichos, se deslizan bajo los árboles; ya no se viene á pensar y á respirar el aire fresco en este sitio; se viene á divertirse miradas con el variado juego de las luces y las estrepitosas escenas que cambian á cada paso.

Nuestro dibujo presenta en miniatura el aspecto de este hermoso paseo envidiado por todas las grandes ciudades de la Europa. Subiendo á la derecha por la calle, se encuentran bonitos cafés levantados al aire libre, lujosos teatritos donde hombres y mugeres elegantemente vestidos cantan canciones y piezas de las mejores óperas; juegos de sortija ó caballos de madera, títeres, flotas aéreas, buques de vela que columpian á la gente por los aires, fondas, magníficas fuentes y el Circo nacional, edificio vasto y ligero, y honítamente decorado. Á los bordes del paseo, por este lado, se ven los jardines de los grandes palacios del faubourg S.-Honoré, entre otros los del palacio del Presidente. Á la izquierda del paseo, las curiosidades, los placeres y los edificios son mas variados y numerosos todavía; en medio de los juegos de villar inglés, de los carrés-concursos y de las fondas, se ven sucesivamente el Panorama, la plaza Marigny donde ponen ordinariamente el edificio de la exposición de la industria; mas allá están los tiros de pistola y el baile de Mahille; luego el Jardín de Invierno, admirable palacio de cristal, una de las maravillas de París; fábricas de cerbeza; ricas y elegantes casas de recreo, y por último, el castillo de las Flores.

Esta variedad incesante de diversiones á cuya enumeración debemos renunciar aquí, causa una especie de asombro, ó mas bien de embriaguez á todos los que frecuentan el paseo, ya sean parisienses ó forasteros. En los Campos-Eliseos hay mas diversiones y locuras que en todo el resto de la Francia. Parece que los trastornos políticos no penetran jamas allí; ni la lluvia, ni aun la tempestad pueden destruir su alegría; retumba el trueno, bajan cataratas del cielo; la

horas, y tú en el cementerio. Bien merecía que la amaras así, y si tú no puedes consolarte de su pérdida, menos nos consoláremos nosotros; pero no te estoy diciendo que la olvides. El Señor ha querido levártela, y ni un solo día pasamos sin darte á conocer con nuestras oraciones, pensamientos y palabras que respetamos siempre su memoria y sentimientos mucho el que se haya ido; mas si pudiese hablarte desde el otro mundo, y darte á entender su voluntad, te ordenaría buscar una madre para tus pobres huérfanos; no se trata mas que de encontrar una muger digna de reemplazarla; ya sé que esto no es fácil, pero no lo creo imposible, y en cuanto la hallemos, estoy seguro que la amarás como á mi hija, porque eres un hombre honrado, y no podrás menos de agradecerle sus servicios y el amor á tus hijos.

— Está bien, señor Mauricio, dijo German, haré vuestra voluntad como lo tengo de costumbre.

— Hay que hacerle la justicia de decir que siempre has escuchado las razones del jefe de la familia; así, pues, tratemos juntos de elegir tu nueva muger. Primeramente no creo que te conviene el buscar una jóven; la juventud es lijera, y como es una carga un poco dura el educar tres criaturas, sobre todo cuando son de otra, necesitas una muger paciente, dulce y laboriosa, de la misma edad que tú poco mas ó menos, porque de otro modo no podría llenar como es debido semejante deber, diría que tú eres viejo, y tus hijos muy jóvenes, y en último resultado esto lo pagarán.

— Esto es lo que me inquieta, dijo German, si por una casualidad los maltratase y los aborreciese?...

— No lo quiera Dios! repuso el anciano; pero en la comarca las malas mugeres son mas raras que las buenas, y sería muy extraordinario el no acertar á escoger la que conviene.

— Es verdad, padre mio, las muchachas son todas buenas aquí. La Luisa, la Juana, la Francisca, la Margarita... en fin la que quieras.

— Vamos con tanto, no hay que precipitarse; todas esas que acabas de nombrar son ó muy jóvenes ó muy pobres... ó muy bonitas, porque al cabo es menester pensar en todo, hijo mio. Una muger bonita por lo comun no estan arregiada como las otras.

— Segun eso deseais que me case con una fea? dijo German con algo de estrañeza.

— No en verdad, porque no hay nada peor que tener chicos feos, delgaduchos y con mala salud, pero debes escoger una muger bien fresea aun y que no sea ni bonita ni fea.

— Estoy viendo, dijo German sonriéndose tristemente, que tendremos que hacer una muger de encargo, con tanto mas motivo cuanto que no quereis que sea pobre, y las ricas no se obtienen fácilmente, sobre todo cuando ya se es viudo.

— Y porqué no ha de ser viuda tambien, German? una viuda sin hijos y con buena fortuna?

— No creo que haya ninguna así en nuestra parroquia?

— Es verdad, pero la hay en otra parte.

— Vamos, ya veo que habeis echado el ojo á alguna; decidme lo francamente.

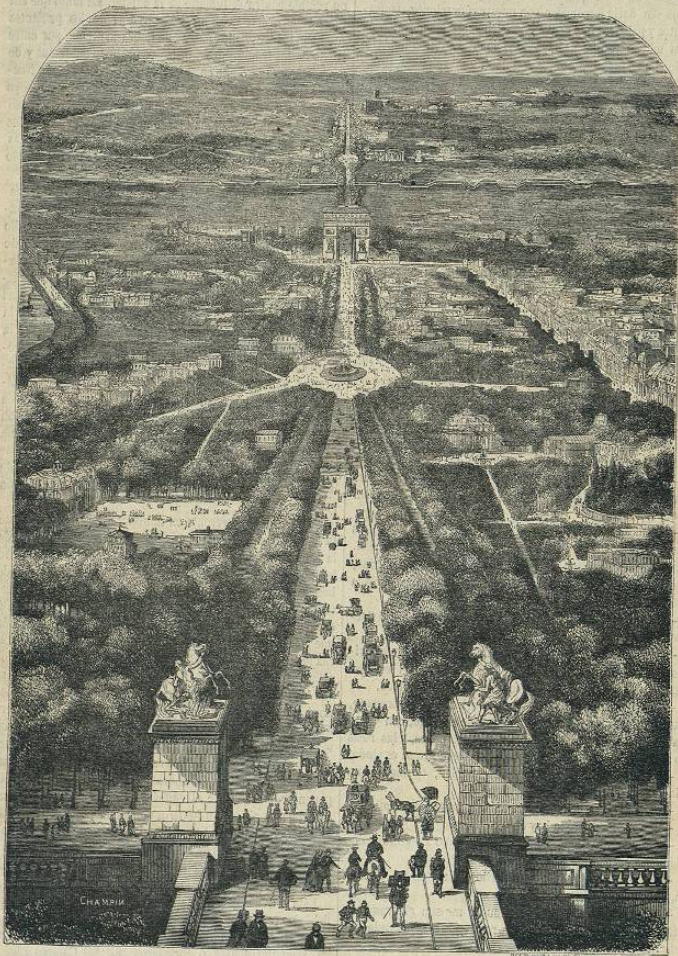
— Sí; es una hija de los Leonardos, viuda de un Gaerín que vive en Fourche.

— Tanto el pueblo como la muger me son enteramente desconocidos, respondió German resignado aunque cada vez mas triste.

— Se llama Catalina como la difunta.

(Se continuará.)

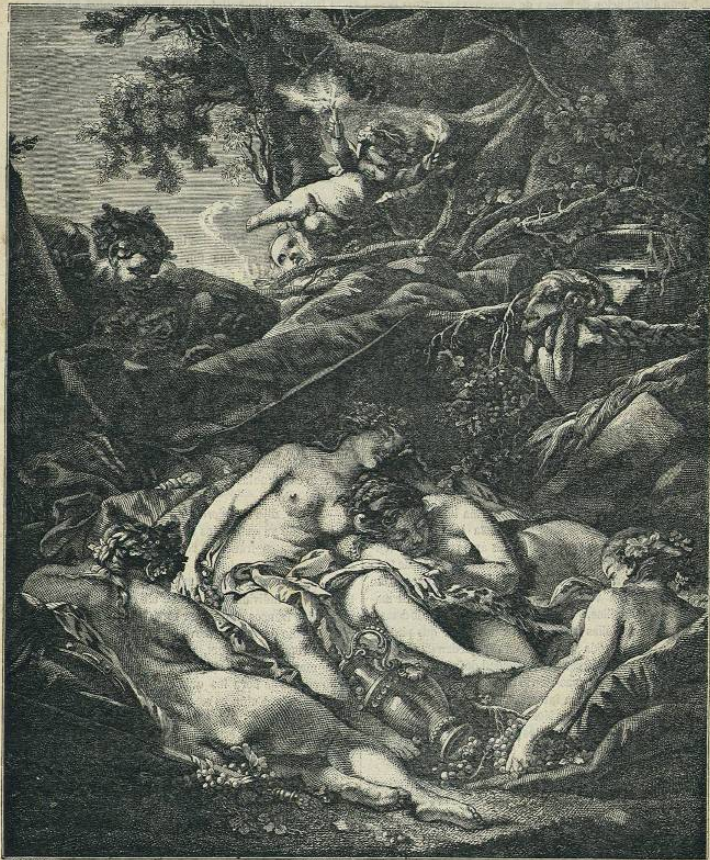
gente se guarece un instante bajo los árboles, en los pórticos y en los cafés, y en cuanto los nubes han pasado, renace la actividad, todo el mundo se agita, la alegría y el tumulto aparecen de nuevo: apenas á las doce de la noche se empiezan á apagar las luces, y los risueños grupos de paseantes se van retirando á sus casas estenuados, aunque



Los Campos Elíseos á vista de pájaro. — Dibujo de Champin.

nunca hartos, de placeres. El silencio va recobrando con se hallan sumergidos en la oscuridad; el gas inunda el espacio con sus plateados resplandores hasta el amanecer.

BOUCHER.



Las Niñas adormecidas.

Casi á la misma época en que Watteau llegaba de Valenciennes á París, nacia en esta ciudad un hombre que debia gozar de una reputacion inmensa, y muy superior á su talento, en el curso del siglo XVIII. Hablamos de Francisco Boucher del que damos hoy á nuestros lectores una de sus mas célebres composiciones, y una de aquellas en que podemos decir que ha estado afortunado. LAS NIÑAS ADORMECIDAS dan una clara idea del estilo de Boucher cuando no le habia aun exagerado de la deplorable manera que lo hizo despues.

Quien no ha oido hablar de Boucher, llamado por los contemporáneos el pintor de las Gracias, y admirado por todo el mundo, hasta por Diderot? Apresuremonos, sin embargo, á decir que Diderot volvió bien luego de la errónea opinion que concibió sobre este extraño pintor de PASTORALES que no existieron nunca en ninguna parte ni aun en la imaginación de Florian y de Scudéri.

Así fué que despues de haberse dejado llevar en 1761 «del agradable vicio y de la extravagancia tan inimitable y rara»

de Boucher, despues de haber elogiado su «color, su magia, su buena distribucion de luces y de sombras y su gusto,» despues de haberle comparado al Ariosto en la imaginacion, estilo y colorido (monstruoso é inesplicable error!) Diderot le negó en 1765 todas las cualidades que antes le acordara, y juzgándole con una severidad muy justa, se indignó de que se hubiera concedido el titulo de pintor de cámara á un hombre muy inferior á Crebillon, hijo, sino tocante á las costumbres, al ménos por el talento.

A pesar de la palinodia que cantó Diderot, la admiracion del siglo por el autor de las NINFAS ADORMECIDAS subsistió hasta la aparicion del JURAMENTO DE LOS HORACIOS de David en 1784.

En 1774, seis años despues de la muerte de Boucher, un compilador, que no carece de cierto mérito, Papillon de la Ferté, en su extracto de las diferentes obras publicadas sobre la vida de los pintores, aseguraba que ninguno de ellos «había dibujado mas correctamente las mugeres desnudas, ni habia manifestado mejor con el pincel la flexibilidad de los musculos y la blandura de la piel.» Cuando se leen semejantes frases tan llenas de contrasentido, duda uno si ha leído bien, y vuelve á principiar otra vez para quedarse mas sorprendido todavia.

El talento de Boucher es una pura suposicion. Sus paisajes son imposibles. Sus pastoras con las cabezas rizadas y llenas de cintas, sus vestidos de raso, sus cinturas fuertemente apretadas por el corsé y sus exajeradas gargantas son ridiculas de todopunto. Si por casualidad la muger desapareciese en algun nuevo cataclismo como ciertos seres anti-diluvianos, no seria ciertamente con algun miembro de una Filis de Boucher, que escapara á la destruccion, con lo que un nuevo Cuvier reconstituiria la divina imágen de esta Eva salida de las manos de Dios. Hasta los niños de esta pintor, sus amorillos tan ponderados ántes son unas veigas hinchadas de aire, formas humanas desprovistas de toda armazon de huesos, y en cuanto á los animales que pastan en sus prados son verdaderas copias de los juguetes de madera de sus chiquillos, y tan disparatados como todo lo demás.

Cuántas anomalías no cometió este artista que pintó á fuerza de práctica toda su vida! Aun nos quedan de él varias ilustraciones de Moliere: hay necesidad de añadir que esto es lo peor que hizo? Jamas se vió tanta afectacion y un estilo mas amanerado para interpretar la franqueza, la rectitud, la fuerza del inimitable Moliere.

Boucher hizo tambien viñetas para el BREVETARIO DE PARIS; todas sus virtudes son otras tantas pastoras ó NINFAS DESPIERTAS ó ADORMECIDAS.

Asimismo intentó ilustrar las grandes escenas del Antiguo Testamento; entre otros asuntos tomo el de la PARTIDA DE JACOB DE CASA DE SARÁN; el cual interpretó de un modo ligero y escandaloso.

Bouchermurió en 1768 á la edad de sesenta y cuatro años, siendo á la sazón el primer pintor de Cámara del rey.

Watteau supo poetizar la elegante sociedad que le rodeaba; solo su colorido es un precioso manto tendido sobre aquella gente que dotó de un soplo esquisito de vida y de fácil amor. En su obra parece que van desarrollandose las diferentes fases de un sueño prolongado en los bosquecillos de una nueva Citerrea, mucho mas encantada que la primera. Y sin embargo á fuerza de arte, de talento, de gusto, de viveza, de gracia, de recursos de imaginacion y de magia de pincel, á fuerza sobre todo de correccion de dibujo en sus mas inesperados caprichos, su abundante fantasia crea seres que no salen jamas de la esfera de la verdad poética.

Boucher, por el contrario, siempre está en lo fantástico, en lo falso, en lo imposible. Nada mas ni ménos se deseca en las obras de Watteau: en las de Boucher se quisiera añadir ó quitar á cada instante. Ambos pintaron una naturaleza falsa, costumbres estravagantes hasta la locura, mudas absurdas, mugeres que parecian muñecas y hombres que se asemejaban á estas mugeres: era necesario saber elevarse y dominar estas mentiras mas ó ménos graciosas; solo Watteau supo hacerlo: Watteau es el poeta de aquella edad de transicion; Boucher es su novelista, pero un novelista delirante.

J. J. ARNOUX.

M. BROWN O EL POSADERO DE ALBANY.

El 21 de Julio de 1846, dos individuos elegantemente vestidos se aparearon en una fonda de Albany, donde cenaron opíparamente. A la mañana siguiente, despues de pedir su cuenta, preguntaron por el dueño de la fonda, quien se apresuró á ver lo que querían.

— Me gusta mucho el reló que está colgado arriba; le dijo uno de los viajeros, en tanto que su compañero encendia un cigarro, y recorria con los ojos un periódico. Tendriais inconveniente en cedérmelo?

El posadero que hasta entónces no habia hecho el mayor caso de aquel viejo mueble de familia, se imaginó de repente que contenia sin duda algun tesoro, y titubeó un poco en responder.

— Vamos á verlo, dijo el viajero.

Y acto continuo las tres personas subieron al cuarto donde estaba el reló.

— Sabéis, dijo el viajero, que un reló enteramente igual me ha valido ya quinientos francos?

— Quinientos francos! repitió el posadero abriendo los ojos.

— Si, en verdad. Habia tambien uno en una posada de Essex, y un individuo que estaba allí quiso apostar conmigo quinientos francos á que por espacio de una hora imitaria con su mano derecha el movimiento de la péndola, diciendo sin interrupcion: POR AQUI, POR ALLA, y sin añadir una palabra mas. Acepté la apuesta inmediatamente, y en ménos de un cuarto de hora los quinientos francos pasaron de su bolsillo al mio. Entónces me propuse comprar un reló igual, en cuanto le encontrase, á fin de mostrarle cuantas veces se me ocurriese contar esta aventura.

— Ah! con que ganasteis la apuesta? Si hubiese sido conmigo, os aseguro que la habriais perdido, exclamó el posadero.

— Seriais capaz de apostar tambien? preguntó el viajero.

— Sin duda ninguna.

— Van quinientos francos?

— Van.

— Pues está hecho.

En aquel mismo instante dió el reló las ocho: el posadero se sentó enfrente del reló, vuelto de espaldas á la puerta, y principió á seguir exactamente el movimiento de la péndola repitiendo al mismo tiempo: Por aquí, por allá.

El viajero le interrumpió diciendo:

— Y dónde está el dinero de la apuesta?

El posadero no fué tan tonto que cayó en el lazo; siguió cumpliendo su mano derecha y con la izquierda sacó su cartera que arrojó por encima del hombro.

— Lo depositó en el criado? es persona segura?

— Por aquí, por allá, dijo el posadero.

Los dos forasteros salieron del aposento y M. Brown continuó su operacion con mucha cachaza.

Al cabo de algunos minutos entró el mozo diciendo:

— Señor amo, abajo os estan llamando. Pero, qué diablos haceis ahí? habeis perdido la cabeza?

— Por aquí, por allá, continuó el posadero moviendo la mano.

El mozo bajó la escalera en cuatro brinco, llamó á un vecino y le suplicó que viera lo que tenia su amo.

— En qué estais pensando, M. Brown? exclamó el vecino cogiéndole por el cuello. Escuchad la voz de la razon...

— Por aquí, por allá.

— Se ha vuelto loco; hay que ir á buscar al médico, dijo el criado.

El lazo era demasiado grueso, y el dueño de la fonda se sonrió para sí.

— Mejor será llamar á su muger.

— Por aquí, por allá.

Su muger llegó muy asustada.

— Amigo mio, le dijo tiernamente, sal de esa inesplicable distraccion; mirame, vamos, no te enfades; te he ofendido en algo tu Catalina?

— Por aquí, por allá.

— Pero te engañas, querido mio, yo no salgo nunca de casa; y al decir esto echó á llorar.

Vino el médico, se puso junto al posadero, y le estuvo considerando atentamente por espacio de algunos minutos, meneando la cabeza.

— Es una monomania fija que le ha entrado; es preciso que haya una consulta. Bueno seríamandar á buscar al doctor Howard.

Este célebre médico llegó bien luego acompañado de otro. — Triste espectáculo! exclamó el recién llegado: cómo le ha venido esa mania?

— De pronto; de un golpe ha perdido la razon.

— Por aquí, por allá, continuó tranquilamente el supuesto loco, siguiendo siempre con la mano las oscilaciones de la péndola.

— Parece que él mismo conoce su estado, dijo el doctor Howard; es un caso bien raro.

Los médicos hablaron entre sí, y convinieron en que era indispensable el hacerle una buena sangria y afeitariela cabeza para aplicarle paños de agua helada. Que llamen al barbero.

— Pobre marido mio! exclamo sollozando su muger, qué va á ser ahora de mi vida?

— Por aquí, por allá, prosiguió el posadero sonriendo con aire victorioso.

— Ea, ea, no hay que perder un momento, aféitadle al punto la cabeza, exclamó el doctor dirigiéndose al barbero.

— Por aquí, por allá... y ya estamos listos, exclamó el posadero en el instante en que daban las nueve en el reló. Y luego levantándose gozoso, añadió: Gané, gané!

— El qué? exclamaron á una los espectadores.

— Mi apuesta de quinientos francos: estaba bien seguro. Toma; pero dónde están mis dos viajeros?

— Hace cerca de una hora que se marcharon ya, respondió el criado.

M. Brown se convenció por fin de la verdad: se habia metido con dos tumbantes, y su cartera encerraba por mas de 500 francos en billetes de banco: al pensar en la fuerte suma que acababa de perder, murmuró otra vez entre dientes: — Por aquí, por allá!

FRAGMENTOS.

LA FAMILIA.

Jóven! ya no te acuerdas; ya te has olvidado de aquel tiempo en que, mas débil que el animal que acaba de nacer, no podias moverte sin la ayuda de tus padres, y no hubieras vivido dos dias sin su amor! Cuántos cuidados y trabajos necesitaron para enseñarte á pronunciar una sola palabra, para enseñarte á dar el primer paso! cuántos cuidados y trabajos para precaverle de los peligros, de las enfermedades; para ejercitar tus fuerzas, desarrollar tu naciente inteligencia y satisfacer tus necesidades todas! Esa madre ajada por los años, consumió por tí sus mas hermosos dias; por no perderle un solo instante de vista hubo de renunciar á todos los placeres; por cuidarte cuando dormias, interrumpia su sueño y se privaba del reposo que la era necesario. Ese padre cargado de años que no es ya mas que un anciano débil y achacoso, consumió sus fuerzas trabajando para alimentarte. Has contraído para con ellos una obligacion infinita, si; infinita, y que no puede pagarse de otro modo que con un eterno é inalterable amor. Cuando eras niño, ya pagabas en cierto modo esta deuda inmensa, al arrojarte en brazos de tu madre, preiriéndola siempre á todos los demás y ella se consideraba como pagada de sus cuidados y cariño con esta preferencia: tu padre, á la vuelta de su trabajo, se veia recompensado de sus labores con tu sonrisa, con el ingenio afan con que te precipitabas á él, ó le llamabas hacia tí. Esta gratitud que fué entónces tu primer instinto, es en el día tu primer deber. El mismo Dios, que para la salvacion de tu infancia puso en el corazón de tus padres el amor paternal, quiere que el tuyo se halle lleno de gratitud para la dicha de su vejez.

Qué asilo tan afortunado es la morada de una familia unida por la gratitud! Cuánto precio tiene esa disposicion de las personas á no olvidar el servicio mas pequeño, á pagarlo todo con el sentimiento, y cuánto vale esta disposicion en las relaciones de la intimidad, cuánto las fortifica, y qué bien sabe hacerlas interesantes y sagradas! qué bien alimenta la afeccion reciproca, cuánto fomenta el cariño, y qué venturoso y feliz es el corazón reconocido, satisfecho de todos los que ama!

LA EDUCACION.

Si la menor de nuestras acciones se engrandeciere cuando sus consecuencias pueden estenderse hasta las razas venideras, si la sociedad debe alguna gratitud al labrador que planta un árbol, á fin de que dé sombra un día al viajero estenuado de cansancio, aquel que enseña la virtud á los niños, que andando el tiempo la enseñaran á otros á su vez, aquel que introduce en sus tiernos corazones los buenos gérmenes que fructifican mas tarde y pasaran á la posteridad la mas remota, no tiene bien merecido el titulo de bienhechor, y restaurador de la patria?

EL LUJO.

El lujo supone en nosotros el deseo de hacernos superiores á nuestros semejantes, y á veces hasta la idea de humillarlos con nuestro brillo, de oscurcearlos y picar su amor propio... El lujo es una fuente de mil injusticias positivas y directas; sus consecuencias inmediatas son las de aislar al

hombre, y romper en su corazón los lazos de la caridad, porque estendiéndose desmesuradamente sus necesidades y deseos, hace que las personas se concentren en sí, y no se ocupan mas que de sí mismas. El que posee demasiado en sus gozes y placeres, para que se acuerde de los infortunios ajenos; lejos de reservar alguna cosa para aliviar al indigente, lejos de hacer por él un sacrificio, encuentra que nunca tiene lo bastante para sí. El lujo destruye esa seguridad sobre el porvenir, tan necesaria á la tranquilidad de ánimo. Metidos en un tren de vida en desacuerdo con nuestros medios, conocemos esta verdad secretamente, y bien á pesar nuestro, lo cual es una espina atravesada que cada día nos hace sufrir mas. El año presente, lejos de preparar recursos al que debe seguirle, se lleva lo que á este corresponde y á veces lo devora todo. La pérdida de la independencia es una consecuencia necesaria de esta penosa situación, feliz independencia, tan cara para toda alma noble! Aquel que la posee no teme el encuentro de sus semejantes, no baja los ojos en su presencia, y conserva toda la dignidad de su naturaleza, pero el imprudente perdido por el lujo, da derecho para que le humillen al artesano, al jornalero, y hasta á los mismos que le sirven sin recibir salario.

EL PUENTE DE TOLEDO EN MADRID.



Imprenta de Koenig

Este puente se halla situado á medio kilómetro de distancia de los muros de Madrid; se pasa por él para ir á Toledo y á Andalucía. Es un monumento del siglo XVII: su construcción no puede ser mas grandiosa, aunque es bastante pobre en sus pormenores. El Manzanares, tan celebrado por los poetas, y cuya madre es bastante ancha por este sitio, no

presenta, durante mucha parte del año, sino una masa de arena, surcada de raquíticos arroyuelos. Este puente produce el mejor efecto en el paisaje que se descubre desde los terrapenes del palacio real, situado á alguna distancia de la puerta de Toledo.

EL RESPETO A LA ANCIANIDAD.

El respeto á los ancianos, está unido á los sentimientos que deben animarnos en nuestras relaciones, á esa deferencia que el hombre recto y sensato tiene por la autoridad de la sabiduría, á ese amor por el orden que le hace dar á sus superiores lo que les debe, á esa dulce compasión que le interesa en favor del desgraciado y á esa gratitud que experimenta hacia aquellos que le han hecho algun beneficio, ó que han servido bien á su país.

El respeto á los ancianos es uno de esos rasgos característicos que sirven de termómetro para conocer las costumbres y felicidad de un pueblo.—Sabe honrar al anciano?—preguntaría yo á un extranjero que quisiera enseñarme su nación; y segun su respuesta, sabría si en ella reinan la union de las familias, la prudencia en los consejos, la circunspección en las empresas, la dulzura en el gobierno, y la subordinación, la paz y la armonía en el Estado. Allí donde no se honra á las canas, no puede haber nada bueno, y el encanto que gustan los hombres en la sociedad de sus semejantes debe estar destruido para siempre.

J. J. S. CELLERIER.

LA CARGA DEL DIABLO.

POR
JORGE SAND.

(Véase nuestro n. 1.)

— Catalina! ah! no me gustará mucho pronunciar el nombre de Catalina, mas sin embargo, si no puedo amarla lo mismo que á la otra, su nombre me causará mucha mas pena, porque me recordará mas á menudo la que perdi.

— Te digo que la amarás, porque tiene muy buen corazón; la vi cuando era muchacha y no era fea, pero en el día no es jóven ya, tiene treinta y cinco años: es de una buena familia, y posee unos ocho ó diez mil francos en tierras que vendería si llegaba el caso para comprar otras en el punto donde fuera á establecerse, porque piensa en volverse á casar, y me consta que si tu carácterla conviene no encontraría mala tu posición.

— De manera que ya lo habeis arreglado todo?

— Solo falta saber lo que pensais vosotros dos, y para aclarar este punto, bueno será que entrais en relaciones. Su padre tiene algun parentesco conmigo, y fuimos muy amigos en otros tiempos; pero tu conoces bien al señor Leonardo?

— Si, le he visto hablaros en las ferias, y la última vez creo que almorzasteis juntos? era de eso de lo que hablasteis tanto?

— Por supuesto; al verte vender tus animales me dijo que entendias el negocio, que tenias muy buena traza, y que parecias muy listo, y cuando le dije lo que eres en realidad, y la manera de portarte con nosotros en los ocho años que hace que vivimos y trabajamos juntos, se le puso en la cabeza que ha de casarte con su hija, proyecto que yo apruebo, te lo confieso, porque es una familia honrada y nada pobre.

— Veo, señor Mauricio, que no os gusta mucho la pobreza, por mi parte no me acuerdo nunca de eso, y la prueba es que jamas me cuidó de lo que me toca en lo que ganamos; no entiendo nada de eso, y mi cabeza no sirve para esas cosas. Conozco bien la tierra, los bueyes, los caballos, la buena simiente y las cosechas, pero en cuanto al dinero tengo mala memoria y preferiría el cederlo todo á disputar sobre el tuyo y el mío, porque temería engañarme y reclamar lo que no se me debe, tan poco entiendo de cuentas.

— Eso es muy malo, hijo mío, y por eso deseo que tengas una muger que lo entienda, para que me reemplace cuando yo falte. Nunca has querido ajustar cuentas, y eso podría ocasionarte algun disgusto con mi hijo cuando no me halla yo presente para darle á cada cual lo que le toca.

— Dios quiera que vivais mucho tiempo, señor Mauricio! Pero no os dé cuidado lo que pase despues, porque nunca entraré en cuestiones con vuestro hijo en quien me fio tanto como en vos mismo; ademas como nada de lo que tengo es mío, y que todo lo que puede tocarme proviene de vuestra hija, y pertenece á los nuestros, puedo estar sosegado lo mismo que vos; Santiago no despojará á los hijos de su hermana por los suyos, puesto que los quiere casi igualmente á todos.

— Tienes razon en eso, German: Santiago es un buen hijo, un buen hermano y un hombre que ama la verdad; pero puede morirse antes que tus hijos sean mayores, y siempre debe pensarse en las familias, en no dejar menores, sin un jefe que les arregle y aconseje, porque de otro modo, vienen los alguaciles, y se lo comen todo con sus pleitos. Por esto, no debemos pensar en meter en casa una persona mas, hombre ó muger, sin pensar antes que acaso esa persona tendrá

que dirigir un día los negocios de la familia toda. Cuando te tomé por yerno, aunque mi hija era rica y tú eras pobre, no la dije nada contra su gusto; te veia buen trabajador y sabia que la mejor riqueza para gentes del campo como nosotros, es un corazón y un par de brazos como los tuyos, y cuando un hombre lleva eso á una familia, no necesita llevar mas; pero una muger es diferente; su trabajo casero debe consistir en conservar, no en adquirir. En el dia es otra cosa; ahora que ya eres padre, y buscas otra muger, debes pensar que tus nuevos hijos, no teniendo parte ninguna en la herencia de los que tuviste de Catalina quedarían en lamiseria, si tu murieses, á menos que tu muger no tenga alguna cosa por su parte. Ademas, los hijos con que vas á aumentar nuestra colonia cuestan algo de mantener; si esto cayese sobre nosotros solos, no habria nada que decir, pero resultaría que lo pagarán todos, lo mismo los primeros que los últimos.

— Cuando las familias se aumentan demasiado sin que aumenten los bienes en proporcion, tarde ó temprano viene la miseria por mas que se haga; esto es lo que tenia que decirte, German; piensa en ello y trata de agradar á la viuda Gertrud, porque su buena conducta y sus cuidados pueden ayudarnos algo por ahora y servirnos de mucho en lo sucesivo.

— Está bien, padre mío; trataré de agradarla y de que me agrade.

— Si, pero para eso será menester verla.

— En su pueblo? está lejos de aquí, no es verdad? Sin embargo iré, aunque no tenemos tiempo muy sobrado en la estacion presente.

— Cuando se trata de un matrimonio por amor, no cabe duda que hay que perder tiempo, pero cuando es un matrimonio de razon entre dos personas que no tienen caprichos, y saben muy bien lo que quieren, bien luego se arregla todo. Mañana es sábado, trabajarás un poco menos que los demas dias, saldras de aquí á las dos de la tarde y llegarás á Fourche por la noche; ahora hay buena luna, los caminos son buenos, y apenas hay tres leguas que andar; además te llevaras la yegua.

— Preferiría ir á pié haciendo tan buen fresco.

— Si, pero la yegua es muy hermosa y un pretendiente que se presenta bien montado tiene mejores trazas: te pondrás el vestido nuevo y llevaras algunas buenas piezas de caza para regalar al señor Leonardo, á quien dirás que vas de mi parte; hablaras con él, pasaras todo el domingo con su hija y volveras con el sí ó el no, el lunes por la mañana.

— Así lo haré, respondió German, sereno en apariencia, aunque en el fondo no lo estaba. German habia vivido siempre como viven los labradores laboriosos: casado á los veinte años, no habia amado en su vida mas que una muger, y viudo y todo, y á pesar de su caracter impetuoso y alegre, no se habia reído con ninguna otra, guardando fielmente un verdadero sentimiento en su corazón; por esto le causaba una gran tristeza y temor, el obedecer á su padre, pero este habia gobernado siempre muy bien la familia, y German que se habia consagrado enteramente á la obra comun, y por consiguiente á aquel en quien se hallaba personificada que era su padre, no comprendía que pudiese tener derecho para rechazar aquellas buenas razones y conspirar contra el interés de todos.

— Sin embargo de esto, estaba muy triste: pocos dias se pasaban sin que llorase á su muger en secreto, y aunque principiaba á cansarle la soledad hubiese preferido sobreleva su pena eternamente, á formar una nueva union cuya sola idea le espantaba. German se decia vagamente que el amor

hubiera podido consolarle sorprendiéndole un día, porque el amor no consuela de otro modo: no se le encuentra cuando se le busca, y viene siempre cuando no se le espera. Aquel frío proyecto de matrimonio de que Mauricio le acababa de hablar, aquella mujer desconocida, y aun acaso todos aquellos elogios que hacían de su sensatez y su virtud, le daban mucho que pensar, y se entregaba melancólicamente á sus reflexiones, meditando como los hombres que no tienen bastantes ideas para que se combatan entre sí, es decir no formulándose á sí mismo buenas razones de resistencia y de egoísmo, pero padeciendo sordos dolores sin poder luchar contra un mal que por el contrario aceptaba.

El tío Mauricio estaba ya de vuelta en su casa, en tanto que German, empleaba las últimas horas de la tarde en tapar las brechas que habían abierto los carneros en el cercado del corral de la casa.

III.

PERIQUILLO.

El tío Mauricio se encontró con una vecina anciana que había venido á conversar con su muger al pedirle un poco de lumbre para encender. La tía Guillerma habitaba una choza muy pobre á dos tiros de fusil del caserío, pero como era una muger ordenada y buena, su casita estaba siempre muy limpia y bien cuidada, y sus vestidos remendados con el mayor esmero, anunciaban el respeto de sí misma en medio de la miseria.

— Habéis venido á buscar lumbre tía Guillerma, le dijo el vicio, ¿queréis otra cosa?

— No, no, tío Mauricio, respondió la vecina; nada mas por ahora; no soy pedigueta, ya lo sabéis; y no me gusta abusar de la bondad de mis amigos.

— Esa es la verdad, y por eso todos vuestros amigos están dispuestos siempre á servirlos.

— Estaba hablando con vuestra muger y la preguntaba si German se había decidido ya á casarse?

— Como no sois nada bachillera, respondió el tío Mauricio, se puede hablar aunque estéis delante, sin tener los chismes; así os diré que German se halla enteramente decidido y que sale mañana para la Fourche.

— Gracias á Dios! exclamó la muger de Mauricio, pobre mozo! Dios quiera que encuentre una muger tan buena como lo es él.

— Ah! va á la Fourche! observó la Guillerma; parece que está hecho adrede; eso me viene de perilla, y puesto que me preguntáis hace un instante si deseaba algo, voy á decirlo tío Mauricio el favor que me podéis hacer.

— Decid, decid, estamos prontos á servirlos.

— Quisiera que German se tomase el trabajo de llevarse con él á mi hija.

— Adonde? á la Fourche?

— No, á Ormeaux, donde debe pasar lo que falta de año.

— Como! dijo la tía Mauricia; con que vais á separaros de vuestra hija?

— Es menester que entre á servir para que gane algo. Bastante trabajo me cuesta, y á ella tambien, la pobrecilla! No hemos podido decidimos á separarnos por San Juan, pero ya va llegando San Martin, y ha encontrado un acomodado pastor en Ormeaux. El año pasado el otro día por aquí, al volver de la feria y al ver á Mariquita que guardaba tres carneros en el prado la dijo: «Mozuela, veo que no estás muy

ocupada, porque tres carneros para una pastora, eso no vale nada; si quieres guardar ciento, vente conmigo. La pastora de mi casa ha caído enferma, y tiene que volverse con sus parientes; así, si vienes dentro de ocho días ganarás cincuenta francos por lo que queda de año, hasta San Juan.» Ella dijo que no, pero sin embargo no pudo ménos de pensar en ello y de decirle, cuando al entrar por la tarde me vió triste, porque pensaba como pasaríamos este invierno que tiene que ser muy largo y crudo; las grullas han atravesado los aires un mes mas pronto que de costumbre. Las dos hembras llorad mucho pero al cabo nos hemos conformado: juntas no podemos vivir, porque apenas tenemos para mantener á una persona con lo que produce nuestro mal pedazo de tierra, y puesto que María va á cumplir pronto los diez y seis años, es menester que haga lo que todas, que gane su pan para ayudar á su pobre madre.

— Tía Guillerma, dijo el Labrador, si no necesitarais mas que cincuenta francos para consolaros de vuestras penas y para quedaros en casa con vuestra hija, verdaderamente ya sabría encontrarlos para daroslos, aunque cincuenta francos es mucho dinero para pobres gentes como nosotros; pero en todas las cosas hay que consultar la razon tanto como la amistad, y no porque os salvéis de la miseria este invierno, estaréis al porridge de ella el que viene; y cuanto mas tarde vuestra hija en tomar un partido, tanto mas sentiréis el separaros de ella. Mariquita se va haciendo grande, y como tiene muy poco que hacer en vuestra casa, podría adquirir el hábito de la holgazaneria, y...

— ¡Oh! Lo que es por eso, no hay cuidado, dijo la tía Guillerma; María no se está un momento con los brazos cruzados, y cuando no tiene nada que hacer, se pone á limpiar toda la casa y á lustrar muebles pobres muebles hasta que los deja como un espejo. Vale lo que pesa de oro, y hubiera preferido que entrase en vuestra casa como pastora mas bien que enviara con personas que no conozco; la hubierais tomado por San Juan, si lo hubiésemos pensado antes; pero ahora no puede ser porque ya habeis tomado otra, y haría que esperar hasta el otro San Juan.

— Consiento en ello desde luego, y German, y con mucho gusto; pero entretanto no será malo que vaya aprendiendo su oficio, y que se vaya acostumbrando á servir á los demás.

— Si, si, es verdad; ya está decidido. El amo que pasó por aquí el otro día la ha enviado á pedir esta mañana, y hemos respondido que iría, pero como la pobre criatura no sabe el camino, y como ademas no me gustaria enviarla sola, puesto que German va mañana á Fourche, puede muy bien llevarse consigo. Fourche está muy cerca de donde ella tiene que ir, segun me han dicho, porque yo nunca he hecho ese viaje.

— Si, está allí junto, y German la acompañará, y hasta podrá llevarla en ancas de la yegua para que no estropee sus zapatos. Ahí está entrando ya para cenar. Dime, German, Mariquita la de la tía Guillerma se va de pastora á Ormeaux, la llevarás á caballo, no es verdad?

— Está bien, respondió German, que aunque tenía el aire muy preocupado se hallaba siempre dispuesto á hacer favores.

En el círculo en que nosotros vivimos, nunca madre ninguna imaginaria el confiar una hija de diez y seis años á un hombre de veintiocho, porque esta era la edad verdadera de German; y aunque, segun las ideas de su país, pasase ya por viejo para casarse, no por eso dejaba de ser el mas guapo mozo del lugar. El trabajo no le había dado ese aspecto de

EL SUEÑO DEL SOLDADO.

Los tambores tocan la retirada, ya brillan las luces del bivac; los centinelas se envían el, quien vive? por todo el campamento, y los soldados colocados en el campo de batalla duermen hasta la mañana siguiente.

Para los mas viejos en el servicio que se han hecho ya una patria de la guerra, esta noche se parece á todas las demás, es un descanso ante la gloria y la muerte! Olvidándose del pasado é inciertos sobre su porvenir, hace tiempo que están acostumbrados á limitar su vida á la hora presente: qué les importan el ayer y el mañana? Ayer ya se acabó; mañana quien sabe si vendrá; con tal de que puedan gozar del día de hoy, es todo lo que piden! — Echame de beber, vivandera! — Centinela, alza la lumbre! — Dicho esto, el soldado se arropará en su capa, y poniendo la carabina al lado y apoyando la cabeza en su mochila, se dormirá contento y satisfecho.

Para el soldado joven el círculo de la vida no es todavía tan estrecho. El presente no es para él mas que un punto casi indiferente entre dos infinitos, que son el porvenir con sus esperanzas y el pasado con sus recuerdos.

Tambien se ha quedado dormido, pero en medio de ese reposo de los sentidos, la imaginación se despierta mas activa. Disponiendo de su memoria como de un teatro, levanta, como decoraciones, las imágenes del pasado, y llama en su ayuda á esos actores del poema de la juventud, los hábitos del hogar doméstico, las felicidades de la familia, las ilusiones de la infancia y los sueños de los primeros años. El joven soldado revivir todo lo que ha perdido, le parece que atraviesa los campos que conoce paso á paso, que oye á lo lejos la campana de la aldea, que aspira el perfume de los trigos que ondean en la cubierta de la colina. Ahí está el senderito que conduce á la Iglesia, la fuente á donde las muchachas se reúnen por la mañana, el huertecillo del guarda campastre con sus dos colmenas y su cercado de árboles frutales; luego, mas allá, aquel humo que sale por detrás de los álamos, aquel tejado inclinado, aquella ventanita... es la choza donde nació, en donde su madre le enseñó á amar á Dios, sus hermanos y hermanas á quererlas, y su padre á guiar la carreta! Trabajo, ternura, oraciones, todo lo aprendió allí; en aquel sitio conoció la familia, ese mundo en pequeño preferible mil veces al mundo verdadero. Así, con estas cosas no puede contener la emoción, y lanza un grito de alegría: llama por sus nombres á aquellos de quienes se separó llorando, y todos corren á el transportados de gozo. Su joven hermana se arroja en sus brazos; sus hermanitos se cuelgan á su cuello; se confunden las exclamaciones, los nombres se cruzan y se multiplican las preguntas sin dar tiempo á que lleguen las respuestas. Oh preciosa y encantadora confusión! Oh dulce embriaguez de la vuelta, que nada puede igualar en este mundo y á la que ningún ser humano se sustraer! Ah! duerme soldado, y prolonga cuanto puedas tu feliz sueño! Vuelve á tomar posesion de tus antiguos hábitos: sigue á tu hermana á los establos para que te enseñe la vaquilla que ella cuida y que enriquecerá mas tarde á la familia; anda á ver con tu padre los trigos que comienzan á inclinarse sus verdes espigas, y enseña al hermano, tan crecido despues de que le fuiste, como se espera la caza, y de qué modo deben mirarse los bueyes para la labranza. Has vuelto á entrar en tu reino; suple con tu trabajo á tu anciano padre, y gobiernalo todo en casa, mientras el descansa junto á la chimenea.

Peró, ay! se apagan las luces del bivac, el horizonte se ilumina, las tiendas de los oficiales se destacan en el hori-

vez prematura que tienen la mayor parte de los campesinos cuando han pasado diez años en la labranza. German aparentaba tener fuerzas para seguir trabajando diez años mas sin parecer viejo, y necesario era que esa preocupacion de la edad estuviese bien arraigada en el ánimo de una joven para que no notase que German tenía la tez muy fresca, los ojos vivos y azules como el cielo de mayo, sonrosada la boca, dientes muy blancos, y un cuerpo elegante y flexible como el de un caballo muy joven que no ha salido aun de los prados.

La castidad de costumbres es una tradicion sagrada en ciertos parajes lejanos del movimiento corrompido de las grandes poblaciones y entre todas las familias de Belair, la de Mauricio pasaba por una de las mas honradas. German se iba en busca de una mujer: María era una criatura demasado joven y pobre para que pusiera en ella sus miras, y á ménos de ser un hombre malo y sin vergüenza, era imposible que le viniese ninguna culpable idea al lado de ella. El tío Mauricio no tuvo recelo alguno al verle tomar en ancas á la joven; la Guillerma hubiera creído injurialle recomendándole que la respetase como á una hermana, y María montó en la yegua llorando, despues de haber besado veinte veces á su madre y á sus jóvenes amigas. German, que ya estaba triste por su propia cuenta, participaba tambien de la pesadumbre de la joven, y echó á andar muy gravemente, en tanto que las personas del lugar se despedían con la mano de la pobre María.

La Parda, que era una yegua joven, hermosa y andadora, llevaba sin trabajo su doble carga bajando las orejas y tascando el freno: al pasar por delante del prado, disinguió á su madre, que llamaban la Vieja Parda, y relinchó en señal de despedida. La Vieja Parda se aproximó al cercado, quiso galopar á las márgenes del prado para seguir á su hija; luego viendo que partía al trote, relinchó tambien á su vez, y se quedó pensativa con la cabeza levantada y la boca llena de yerba que ya no se acordaba de comer.

— Ese pobre animal conoce siempre á su familia, dijo German como queriendo distraer á María de sus pesares. Eso me hace pensar que no he dado un beso á Periquillo antes de marchar; el picaruelo no estaba allí! Ayer noche quiso arrancarme la promesa de que le traería, se estuvo llorando mas de una hora en la cama, y esta mañana mil veces me ha repetido que quería venir. Es lo mas astuto que se ha visto; pero en cuanto vió que no podía ser, el caballero se nos ha enfadado, y ha echado á correr á través de los campos sin dejarse ver en todo el día.

— Yo le he visto, dijo Mariquita esforzándose para contener sus lágrimas; iba corriendo con los chicos de Soulas y me ha parecido que estaba fuera de casa hacia tiempo porque tenia hambre y andaba buscando zaramoras. Yo le di el pan de mi almuerzo y al tomarlo me dijo: Muchas gracias, querida Mariquita; cuando vengas á casa te daré una torta, German, tenéis un chico muy hermoso!

— Oh! si; repuso el Labrador, y le quiero que le idolatro. Si no hubiera sido por su abuela no habría podido ménos de traerle cuando levó que llorab tanto que parecía oprimirse el corazón.

— Y porqué no le habeis traído German? No os hubiera estorbado para nada, porque es lo mas razonable que hay en el mundo cuando se le da gusto.

(Se continuará.)

zonte, y los tambores están tocando diana. Despidete de la | cibles trabajos de tu juventud! Ya eres otra vez un guerrero
choza natal, de las dulces caricias de la familia, de los apa- | sin mas tarea que la de matar ó morir! Joven, levántate,



El sueño del soldado.

echa á un lado los recuerdos de tu país; tu familia presente, | tu aldea, esa bandera desgarrada por la metralla, con la
es ese regimiento que limpia las armas, y el campanario de | punta enrojecida por la sangre.

Imprenta de Boudreau

PABLO REMBRANDT.



Louis MARY del

Rembrandt. f. 1633.

CARBONNEAU, sc.

El descendimiento de la Cruz.

Imprenta de Boudreau

En esa comarca baja donde el Rhin se divide en una multitud de arroyuelos cuyo nombre se pierde en la memoria, lo mismo que las ondas del hermoso río se pierden en esas fieras pantanosas, se alzaba á principios del siglo XVII, un molino construido sobre el raquítico brazo de agua que pasa á Leyde, y no lejos de los muros de esta población.

El molinero que le habitaba se llamaba Herman Gerretsz, y su mujer, Cornelia Van Zuithroek.

A estos nombres neerlandeses de una armonía tan dudosa para oídos meridionales, los vecinos del molinero habían añadido el aristocrático apodo de Van Ryn (del Rhin).

Este ennoblecimiento de la modesta familia de trabajado-

T. II.—PARIS.—IMP. BLONDEAU.

3

res, era una burla ó una sátira, ó acaso, y esto parece mas probable, no era mas que un simple signo distintivo?

No lo sabemos; pero fuera cual quisiera el origen de este título nobiliario, lo cierto es que con él debía de quedarse esta familia que el genio y la gloria de Rembrandt Van Ryn iban, para siempre, á sacar de su oscuridad.

El 15 de junio de 1606 fué el día en que el niño predestinado vino al mundo, en ese mismo molino cuyos restos buscan inútilmente hoy los curiosos del arte entre las aldeas de Leyerdorp y de Koukerck. Pero esto poco importa. La cuna de los hombres extraordinarios es como el nido de las águilas; nadie se ocupa del punto verdadero de donde los unos y las otras partieron á volar; lo mas interesante es el seguirles con atención á las supremas regiones de la atmósfera ó del genio á donde se elevan.

Y puesto que al alzar nuestras miradas hácia esas zonas sublimes, hallamos esa famosa obra que se llama el *Descendimiento de la Cruz de Rembrandt*, vamos á ocuparnos de ella inmediatamente, sin perjuicio de volver á hablar próximamente de las particularidades de la vida de este gran pintor.

Dejemos á un lado, olvidemos por un instante todo lo que hemos visto en otros países, lo que hemos leído en los libros sagrados ó profanos, lo que hemos aprendido en una y otra parte, cerremos los ojos, recapitemos en nosotros mismos y digamos, con entera libertad de juicio y de conciencia, si no hay mas verdad en esa composición de Rembrandt, que tenemos ántes los ojos, que en las mejores obras de la misma naturaleza, debidas al pincel de los grandes maestros de la escuela italiana? En efecto, nada es comparable al cuadro de Rembrandt. Esos haraposos que desprenden al Cristo de su glorioso cadalso, esas mujeres que le lloran, no se parecen mucho, es verdad, á los magníficos ancianos, á las nobles Marías de Rafael y de Daniel de Volterre; pero en cambio, cuánta atención y respeto manifiestan en el desempeño de la santa obra que están ejecutando! Y luego, — y esto muchos lo han dicho ya varias veces — qué rasgo tan admirable es ese rayo de luz que desciende del cielo sobre el divino crucificado! Era posible indicar de una manera mas noble la parte que la naturaleza entera toma en la inenarrable escena de dolor que está pasando en la actualidad en el Calvario?

Por lo demas, el genio de Rembrandt se halla entero en esa composición: su originalidad, ó su rareza, si se quiere, ha podido ir mas allá en otras de sus obras, pero jamás el maestro ha hecho nada mejor que el cuadro que representa nuestro dibujo.

J. J. ARNOUX.

EL GESTA ROMANORUM.

Los autores del duodécimo siglo son teólogos casi todos: segun el espíritu de su época, en todas las cosas hallan una lección sobre los deberes del hombre ó de la religión; moralizan ó simbolizan los fenómenos del mundo físico, las propiedades de las plantas, las leyes que rigen el movimiento de los astros, las reglas del arte de construir y las diferentes partes del cuerpo humano, aplicando el mismo sistema de interpretación á todas las tradiciones falsas ó verdaderas, á las fábulas como á la historia. Otros cuentos maravillosos que tambien por aquellos tiempos venian en linea recta del Oriente, se mezclaron con las leyendas, las anécdotas populares y los relatos de los antiguos historiadores; cambiáronse los nombres y los hechos así como el teatro de los acontecimientos, pero en medio de aquella pródiga confu-

sion de recuerdos y de invenciones del pasado, siempre dominó una regla, y fué la de que en todo debía verse como fin, el símbolo, la moralidad. Los frailes del siglo décimo tercio componian en mucha parte sus instrucciones con estas historias simbolizadas, habiendo muchos que formaban con este objeto colecciones de toda especie de cuentos, escribiéndoles en latin, segun la costumbre. Existe aun un crecido número de manuscritos de este género que datan principalmente de los siglos XIII y XIV, y que todos tienen por objeto evidente, la instrucción religiosa. Entre las mas notables de estas colecciones, podemos citar el PROMPTUARIUM EXEMPTORUM, LOS SUMMA PREDICANTUM, EL REPERTORIUM MORALE de Pedro Berchiorius ó Berthorius y el GESTA ROMANORUM. No hablaremos aquí sino de este último que difiere bajo muchos aspectos de los otros, y que algunos críticos consideran como un libro de imaginación destinado á contrarestar en la sociedad, la influencia de las novelas.

Parece muy probable que el autor del GESTA ROMANORUM (Hechos de los romanos), floreció en el siglo décimo cuarto. Este libro se ha atribuido por algunos á Pedro Berthorius, pero sin fundamento, y el saber el nombre del autor importa poco, porque esta obra, como casi todas las de la edad media, pinta el espíritu de la época mucho mas que el del escritor.

No todas las historias que contiene este curioso libro han sido sacadas de la historia romana como pudiera creerse por el título. Además de las fabulas griegas y orientales, se encuentran en esta obra algunos cuentos sacados de la disciplina CLERICALIS de Pedro Alfonso, como tambien varias leyendas de los santos y anécdotas populares ya algunos siglos antes. Hé aquí la traducción de varios pasajes, por los cuales se podrá formar una idea del GESTA ROMANORUM.

LA VACA DE LOS CUERNOS DE ORO.

Un señor tenia una vaca blanca que quería muchísimo, por dos razones, la primera porque era blanca y la segunda porque le daba mucha leche, y tanto la quería, que la puso unos cuernos de oro; mas luego se preguntó á quien podia confiar la guarda de su vaca. Por aquel tiempo habia cierto sugeto llamado Argos, muy fiel para todas las cosas y que tenia cien ojos. El señor envió á Argos un recado, á fin de que se presentase ante su vista inmediatamente, y cuando así lo hizo, le dijo estas palabras: «Te doy á guardar mi vaca de los cuernos de oro, y si la guardas bien, te recompensaré con mil riquezas, pero si la roban los cuernos, morirás.»

Argos se fué con la vaca de los cuernos de oro, y siempre estaba de centinela junto á ella: todos los días la llevaba al prado, la guardaba con mucha atención y se volvía con ella á casa por la noche. Pero habia un hombre muy astuto, llamado Mercurio, consumado en el arte de la música, que deseaba con todas veras hacerse dueño de la vaca, é iba con mucha frecuencia á conversar con Argos, tratando de seducirle ya con adulationes y lisonjas, ó ya ofreciéndole dinero para posesionarse de los preciosos cuernos. Argos plantó en tierra el garrote de pastor que tenia en la mano y dirigiéndole la palabra como si hubiese sido su señor, le dijo: «Bueno; figúrate que eres mi amo, que voy esta noche á tu casa, y que me dices: En dónde está la vaca con sus cuernos? y yo respondo: la vaca no tiene ya cuernos porque ha venido un ladrón mientras yo dormia, y se los ha

evado. Pero tu me dices: Ah, miserable! pues no tienes cien ojos? Cómo ha podido ser que todos tus ojos se hayan dormido á un tiempo, y que el ladrón haya robado los cuernos? Eso que dices ahí, es una mentira... Y entonces soy hombre muerto. Si le digo al señor que he vendido los cuernos, estoy en el mismo peligro.» Después de este coloquio, Argos dijo á Mercurio: «Vete, porque nada conseguirás de mí.» Mercurio se marchó, pero al día siguiente volvió con su instrumento de música, y á modo de jugar se puso á contar historias, cantando tanto y tan bien que dos de los ojos de Argos principiaron á cerrarse, y como siguió cantando, otros dos mas se cerraron tambien, y luego sucedió lo mismo hasta que todos se quedaron dormidos. Y cuando Mercurio lo vió, cortó la cabeza á Argos, y robó la vaca de los cuernos de oro.

MORALIDAD. El dueño de la vaca blanca es Jesucristo; la vaca blanca es nuestra alma; Argos es la Iglesia que está encargada de guardarla, y Mercurio es el diablo!

RÓSMUNDA.

Habia un rey que tenia una hija única, muy bella y muy graciosa llamada Rosmunda. Cuando esta señorita cumplió las doce primaveras era tan diestra para correr que no habia nadie que la igualase en la carrera. El rey mandó proclamar en todo su reino que todo aquel que corriese con su hija y ganase, seria su marido y heredaría el trono, pero que el que lo intentase y perdiera, incurriría en la pena de muerte. Muchos se presentaron al ver esta proclama, para correr con la hija del rey, pero todos fueron vencidos, y á todos se les cortó luego la cabeza. Por aquellos tiempos habia un pobre jóven en la ciudad, llamado Abibas que dijo para sí: soy pobre y de baja esfera; si logro, por cualquier medio que sea, ganar á la hija del rey en la carrera, no solamente me elevaré por mi mismo á la fortuna, sino que haré feliz á toda mi familia. Y dicho esto imaginó tres cosas con astucia: primeramente se procuró una guirnalda de rosas, flor que les gusta en extremo á las muchachas; luego un cinturón de seda, lo que las señoritas desean mucho, y por último una bolsa de seda que cerraba una bola dorada con este letrero: quien juega conmigo, no se cansa nunca de jugar. Cuando tuvo en su poder estas tres cosas, las ocultó entre sus vestidos, fué al palacio y llamó á la puerta. El portero salió á preguntarle lo que queria: «Vengo dispuesto, respondió, á correr con la hija del rey.» Rosmunda, que oyó estas palabras, abrió una ventana, y después que vió á Abibas le despreció diciendo: «Ay! con que tienes que correr con ese miserable!» Pero como no podia negarse á ello, se preparó para emprender la carrera. A una partieron ambos, mas la hermosa jóven le sacó al instante una gran ventaja. Cuando Abibas vió esto, arrojó la guirnalda de rosas delante de la jóven, y Rosmunda se detuvo, la recogió y se la puso en la cabeza, complaciéndose tanto con aquel adorno que Abibas, que seguía corriendo, la pasó. Rosmunda que lo vió, dijo para sí: «La hija de mi padre no debe nunca ser muger de un pobre diablo de esa especie,» é inmediatamente tiró la guirnalda en un barranco, pasó delante de Abibas y sin detenerse le dió un bofetón, diciendo: «Detente desgraciado; el hijo de tu padre no debe obtenerme nunca por muger,» y siguió corriendo con mucha delantera. Entonces Abibas le arrojó el cinturón de seda, y al verlo la jóven se detuvo, le cojió, se le puso, admirándole mucho y

tanto se olvidó de su carrera que Abibas se encontró bien luego á mucha distancia de ella. Rosmunda cuando lo vió echó á llorar amargamente, hizo pedazos el cinturón, se puso á correr de nuevo con todas sus fuerzas alcanzó á Abibas y le dió otro bofetón diciendo: «Oh! no será nunca tu muger.» Y como antes, se puso bien luego delante de él. Abibas la siguió lo mas cerca que pudo y arrojó la bolsa de seda; Rosmunda, como llevaba ya la delantera, no pudo resistir á la tentación de cojer la bolsa; en seguida, sacó la bolita dorada y leyó el letrero: «Quien juega conmigo, no se cansa nunca de jugar.» Mas durante este tiempo, Abibas llegó al fin de la carrera y de este modo se casó con la hija del rey.

MORALIDAD. Rosmunda es el alma que se eleva rápidamente por las buenas obras, mientras conserva la prudencia. Abibas es el demonio que sorprende el alma por tres medios: el orgullo (la guirnalda) la coquetaría (el cinturón) y la avaricia (la bolsa dorada.)

LAS TRES EMPANADAS.

Un rico platero que vivía en una ciudad, cerca del mar, hombre muy malvado y avaro, habia reunido una gran cantidad de dinero que escondió en un pedazo de leña, espuesto á la vista de todo el mundo al lado de la chimenea de la cocina para que nadie pudiese sospechar que tenia allí ocultos sus tesoros. Pero una noche sucedió que mientras la gente de la ciudad dormia, las aguas de la mar se alzaron, entraron en la casa y se llevaron á los mares el madero que despues de haber flotado en las aguas largo tiempo, fué á parar á una ribera cerca de una ciudad, en un sitio donde habia una posada. El posadero que madrugó mucho aquel día, vió el pedazo de leña junto á su puerta, y le cojió creyendo que era un tronco llevado allí por la casualidad, ó que alguien le habia tirado en aquel sitio. Este posadero era un hombre muy generoso y muy caritativo con los pobres y los forasteros. Un día muy frío, que llegaron á su casa unos viajeros, el posadero quiso encender lumbre para calentarlos, y tomó el hacha para partir el leño, pero apenas habia dado dos golpes, cuando oyó un sonido muy extraño; siguió pegando y descubrió el dinero. El posadero lo guardó en un cofre con la intencion de devolvérselo á su dueño legítimo si algun día venia á reclamarlo. Entretanto, el platero andaba errante de pueblo en pueblo buscando su tesoro, hasta que dió con la posada donde habia ido á parar el madero. Cuando habló de la pérdida que habia hecho, el posadero dijo para sí: «Este hombre es el dueño del madero; voy á hacer una prueba para saber si quiere Dios ó no que se lo devuelva.» Entonces el posadero hizo tres empanadas con harina, llenando una de tierra, otra de huesos de muerto, y en la última puso el dinero que encontró en el tronco de leña. Hecho esto, dijo el platero: «Querís que nos comamos estas tres empanadas? Os doy la que elijais.» El platero tomó á peso en sus manos las tres empanadas, y viendo que de la tierra era la mas pesada, dijo al posadero: «tomo esta, y caso de no tener bastante, cojeré luego esta otra. (Y señalaba la de huesos de muerto.) Podéis comer la tercera.» El posadero al ver esto, dijo para sí: «Pues señor, veo claramente que Dios no quiere que le vuelva su dinero.» Y en seguida mandó venir á los pobres y desvalidos de su pueblo, y en presencia del platero, abrió la tercera empanada, y le dijo: «Ves desgraciado, te he puesto en las manos esta empanada y has preferido á tu dinero la tierra y los huesos de un muerto, porque Dios no ha querido que te fuese devuelto tu dinero.» Inmediatamente el posadero repar-